

Noam Chomsky **Notas sobre anarquismo***

Un escritor francés, simpatizante del anarquismo, escribió en los años 90 del siglo pasado que « el anarquismo tiene anchas las espaldas ; es como el papel, aguanta lo que sea » —incluso militantes propios, señalaba, « cuyos actos no podría haber perpetrado más a su gusto el peor enemigo del anarquismo »¹. Muchos son los estilos de pensamiento y de acción que se han calificado de « anarquistas ». Sería absurdo tratar de encajar todas juntas tales tendencias conflictivas, sensatamente, en una sola ideología o teoría general. E incluso poniéndonos a extraer de la historia del pensamiento libertario una tradición viva y evolucionante, como hace Daniel Guérin en *L'Anarchisme*, seguiría siéndonos difícil ir formulando tal conjunto de doctrinas en forma de una determinada y específica teoría de la sociedad y del cambio social. Elaborando una concepción sistemática del desarrollo del pensamiento anarquista a lo largo de una serie de párrafos comparables a los de Guérin sobre el tema, el historiador anarquista Rudolf Rocker deja bien puestos los puntos sobre las íes a este respecto cuando escribe que el anarquismo no es

« un sistema social fijo y cerrado en sí mismo, sino más bien una determinada tendencia del desarrollo histórico de la humanidad, que, en contraste con los tutelajes de toda institución clerical o gubernamental, apunta y se mueve decididamente hacia la eclosión libre y sin trabas de todas las fuerzas vitales individuales y sociales. Incluso el de libertad es un concepto sólo relativo, que no absoluto, en tanto que constantemente tiende a ensancharse, afectando cada vez círculos más y más amplios y de maneras más pluridimensionales cada vez. La libertad, para el

anarquista, no es un concepto filosófico abstracto sino una posibilidad vital concreta para cada ser humano de desarrollar hasta su plenitud todas las potencias, capacidades y talentos de que la naturaleza le haya dotado y hacerlos redundar en provecho de la sociedad. Cuanto menos influenciado esté por tutelajes eclesiásticos o políticos este desarrollo natural, tanto más armoniosa y eficaz conseguirá hacerse la personalidad humana, tanto más la personalidad individual será la medida de la cultura intelectual de la sociedad en que haya crecido »².

Cabe preguntarse de qué sirve estudiar « una determinada tendencia del desarrollo histórico de la humanidad » que no llega a articularse en teoría social específica y detallada de ningún género. Ciertamente, muchos tratadistas desdennan el anarquismo (y la idea de ocuparse de él) como cosa utópica, informe y primitiva o, si no, incompatible con las realidades de una sociedad compleja en cualquier caso. Pero, con todo, cabe también razonar de manera bastante distinta y pensar en cambio, por ejemplo que, en cada etapa histórica, lo que debe importarnos es dismantelar las formas de autoridad y de opresión sobrevivientes de otras épocas en que pudieran haberse justificado en razón de la necesidad de seguridad o de los imperativos de supervivencia o desarrollo económico, pero que ahora contribuyen a aumentar, que no a achicar, nuestro déficit material y cultural. De donde resultaría, si ello fuese así, que no hay ninguna clase de doctrina fija sobre cambio social que sea válida para el presente

* Este ensayo es una versión revisada de mi introducción a *Anarchism: From Theory to Practice* de Daniel Guérin (título del libro en francés : *L'Anarchisme*). El 21 de mayo de 1970 apareció su versión original, sólo ligeramente diferente, en la *New York Review of Books*. Noam Chomsky. [NDE. Este texto está tomado de *For Reasons of State* de Noam Chomsky (copyright 1970, 1971, 1973 de Noam Chomsky). Lo reproducimos con autorización de Pantheon Books, filial de Random House Inc. a quien expresamos aquí nuestro agradecimiento. La traducción ha estado a cargo de José Martín-Artajo.]

1. Octave Mirbeau, citado en *The Anarchists* de James Joll, p. 145-146.

2. Rudolf Rocker : *Anarchosyndicalism*, p. 31.

y para el futuro ; ni tampoco necesariamente, siquiera, un concepto específico e invariable de los fines últimos hacia los cuales el cambio social debiera tender. Indudablemente, nuestra comprensión de la naturaleza humana o de toda la gama de las formas sociales viables es tan rudimentaria que sólo con el mayor escepticismo debemos enfrentarnos con cualquier doctrina « de largo alcance », el mismo escepticismo que es debido cuando oímos decir que « la naturaleza humana » o « la necesidad de eficacia » o « la complejidad de la vida moderna » requieren tal o cual forma de opresión y gobierno autocrático.

A pesar de todo, en ciertos momentos hay toda clase de razones para desarrollar una puesta al día de esa « determinada tendencia del desarrollo histórico de la humanidad » hasta donde nuestra comprensión haga materialmente posible, ciñéndola a las necesidades del momento. Para Rocker, « el problema que se nos plantea en nuestro tiempo es el de liberar al hombre de la maldición de la explotación económica y de la esclavitud social y política » ; y el método a seguir hacia su solución no estriba en la conquista y el ejercicio del poder estatal ni en el parlamentarismo entontecedor, sino más bien en « la reconstrucción económica de los pueblos desde sus mismos cimientos, realizándola dentro del espíritu del socialismo ».

« Pero sólo los productores mismos son la gente idónea para esta tarea, ya que son ellos el único elemento creador de valores dentro de la sociedad de la que puede surgir un futuro nuevo. A ellos debe incumbir el cometido de liberar al trabajo de las cadenas con que la explotación económica lo ha cargado y a la sociedad de todas las instituciones y procedimientos del poder político y, asimismo, de allanar el camino hacia una alianza de grupos libres

de hombres y mujeres en base al trabajo cooperativo y a la administración planificada de las cosas en el interés de la comunidad. Preparar a las masas instrumentales del campo y de la ciudad para este gran objetivo y estructurarlas unitariamente como fuerza militante constituye la misión del anarcosindicalismo moderno, que entre tales límites queda enteramente comprendida » (p. 108).

Como socialista, Rocker daría por supuesto

« que la verdadera liberación, final y completa, de los trabajadores sólo es posible con una condición : la apropiación, por el conjunto de los trabajadores en

su totalidad, del capital ; es decir, de los instrumentos del trabajo y las materias primas, junto con la tierra »³.

Y, como anarcosindicalista, irá más lejos : insistiendo en que son las organizaciones obreras quienes crean « no sólo las ideas sino también los hechos del futuro mismo » en el periodo prerrevolucionario y quienes encarnan la estructura de la sociedad futura, por una parte ; y, por otra, preconizando una revolución social que dismantelará el aparato del Estado y, simultáneamente, expropiará a los expropiadores : « Lo que pondremos en el lugar del gobierno será la organización industrial. »

« Los anarcosindicalistas estamos convencidos de que no se puede crear un orden económico socialista a base de decretos ni estatutos de gobierno alguno sino, exclusivamente, mediante la colaboración solidaria de los trabajadores manuales e intelectuales en cada rama concreta de la producción ; esto es, ocupando y haciéndose cargo de la gestión de todas las plantas fabriles los trabajadores mismos, de forma

que grupos diferenciados, plantas fabriles y ramos industriales se constituyan en elementos integrantes independientes del organismo económico general y lleven adelante sistemáticamente la producción y la distribución de los productos en interés de la comunidad y sobre una base de acuerdos mutuos libres » (p. 94).

3. Citado por Rocker : *Ibid.*, p. 77. Esta cita y la siguiente están extraídas de Bakunin : *The Program of the Alliance*, Sam Dolgoff, editado y traducido, *Bakunin on Anarchy*, p. 255.

Rocker escribía en unos momentos en que tales ideas se habían llevado a la práctica, de manera dramáticamente espectacular, en la revolución española. Justamente antes del estallido de ésta, el economista anarcosindicalista Diego Abad de Santillán había escrito :

« [...] pero cuando puede encarar el problema de la transformación social, no lo hace por medio del Estado, sino por la organización de los productores. Hemos seguido esa norma y no hemos necesitado, hasta aquí, la hipótesis de un poder superior al trabajo organizado para establecer el nuevo orden de cosas. Si alguien puede decirnos el papel que cabría al Estado en una organización económica en donde no exista la propiedad privada, en donde el parasitismo y el privilegio no tienen razón de ser ni caldo de cultivo, se lo agradeceríamos. La supresión del Estado no puede ser un lento proceso de languidecimiento ; puede ser obra de la

revolución misma y terminar con ella, porque, o bien la revolución da la riqueza social a los productores o bien no la da ; si la da y los productores se organizan para producir y distribuir los productos colectivos, el Estado no tiene nada que hacer ; o bien no la da, y entonces la revolución no ha sido más que una mentira y el Estado subsiste.

Nuestro Consejo Federal de la Economía no es un poder político, sino un regulador económico, administrativo ; recibe de abajo sus directivas, debe ajustarse en su actuación a lo resuelto por los Congresos regionales y nacionales ; es un cuerpo de relaciones y nada más. »

En una carta fechada en 1883, Engels expresaba como sigue su desacuerdo con semejantes puntos de vista :

« Los anarquistas ven la cosa justamente al revés. Afirman que la revolución proletaria debe 'empezar' por eliminar la organización política del Estado [...] Pero destruirla en tal momento sería destruir el único organismo por medio del cual el proletariado victorioso puede consolidar su recién conquistado poder, continuar metiendo en cintura a sus adversarios capi-

talistas y sacar adelante definitivamente esa revolución económica de la sociedad sin la cual toda la victoria conseguida tendrá que terminar en nueva derrota y en matanza masiva de trabajadores, idénticas ambas a las que acabaron con la Comuna de París. »⁵

Los anarquistas, al contrario —y Bakunin, entre ellos, el más elocuentemente— previeron y anunciaron los peligros de la « burocracia » roja, que acabaría revelándose como « la mentira más terrible y más vil que nuestro siglo ha engendrado »⁶. El anarcosindicalista Fernand Pelloutier preguntaba :

« ¿ Es que incluso el **status** de transición a que debemos someternos tiene necesaria y fatalmente que ser la cárcel colectiva ? ¿ Es que no puede consistir en una organización libre, sin más limitaciones que

las que impongan las necesidades de la producción y del consumo, una vez que todas las instituciones políticas hayan desaparecido ? »⁷

4. Diego Abad de Santillán, *After the Revolution*, p. 86. [Título castellano : *El organismo económico de la revolución*, p. 177. NDE.] En el último capítulo, escrito varios meses después de empezada la revolución, el autor expresa su insatisfacción con lo realizado hasta entonces en este sentido. Sobre los logros de la revolución social en España, véase mi obra *American Power and the New Mandarins*, capítulo 1 [NDE. Véase nota en este número, p. 47.] y las referencias allí citadas ; posteriormente se ha traducido al inglés el importante estudio de Broué y Témime. Desde entonces han aparecido otros estudios igualmente importantes ; en especial : Frank Mintz : *L'Autogestion dans l'Espagne révolutionnaire*, Béliabaste, París, 1971 ; César M. Lorenzo : *Les anarchistes espagnols et le pouvoir, 1868-1969*, Seuil, París, 1969 [Existe traducción castellana editada por Ruedo ibérico, París, 1972] ; Gaston Leval : *Espagne libertaire 1936-1939 : L'Œuvre constructive de la révolution espagnole*, Editions du Cercle, París, 1971. Véase también Vernon Richards : *Lessons of the Spanish Revolution*, edición ampliada de 1972.

5. Citado por Robert C. Tucker : *The Marxism Revolutionary Idea*, en su exposición sobre marxismo y anarquismo.

6. Bakunin, en carta a Herzen y Ogareff, 1866. Citada por Daniel Guérin en *Jeunesse du socialisme libertaire*, p. 119.

7. Fernand Pelloutier, citado por Joll en *The Anarchists*. La fuente es « *L'anarchisme et les syndicats ouvriers* », *Les Temps Nouveaux*, 1895. El texto completo puede encontrarse en Daniel Guérin : *Ni Dieu, ni maître*, excelente antología del anarquismo.

Yo no pretendo saber cómo contestar a esa pregunta. Pero parece claro que, a menos que de una forma u otra haya alguna respuesta positiva para ella, no hay muchas posibilidades de una revolución verdaderamente democrática que realice los ideales humanistas de la izquierda. Martín Buber expone concisamente el problema cuando escribe :

« A nadie se le ocurre esperar de la naturaleza de las cosas que a un arbolito convertido en bastón le salgan un buen día cuatro hojas verdes. »⁸

La alternativa entre conquista y destrucción del poder estatal era lo que Bakunin consideraba como la piedra angular de su discrepancia con Marx⁹. En una u otra forma, el problema se ha replanteado repetidamente desde entonces a lo largo del siglo, dividiendo a los socialistas en « libertarios » y « autoritarios ». A pesar de los avisos con los que Bakunin trató de prevenir la burocracia roja y a los que la dictadura de Stalin dio cumplidamente la razón, grave y obvio error sería, interpretando los debates de hace un siglo, referir las críticas de los movimientos sociales contemporáneos a sus orígenes históricos. Particularizando más, resulta hasta perverso definir el bolchevismo como « marxismo puesto en práctica ». Mucho más certera que todo eso, en cambio, es la crítica izquierdista del bolchevismo cuando se atiene como es debido a la consideración de las circunstancias históricas de la revolución rusa¹⁰.

« La izquierda antibolchevique del movimiento obrero se opuso a los leninistas porque éstos no supieron ir todo lo lejos que debieron en cuanto a explotar los levantamientos revolucionarios rusos para conseguir fines estrictamente proletarios. Se convirtieron en prisioneros de su propio entorno y acabaron utilizando todo el movimiento internacional radical para la satisfacción exclusiva de necesidades específica-

mente rusas, pronto convertidas, por otra parte, en sinónimo de las meras necesidades del Partido/Estado bolchevique. Los aspectos « burgueses » de la revolución rusa se revelaban ahora en el bolchevismo mismo: el leninismo quedó caracterizado como mero sector de la socialdemocracia internacional, no diferenciándose de ésta en realidad más que en cuanto a cuestiones tácticas. »¹¹

Si tuviera yo que escoger una sola idea rectora dentro de la tradición anarquista, creo que escogería la que Bakunin desarrolló cuando, escribiendo sobre la Comuna de París, se autorretrataba como sigue :

« Amante fanático de la libertad, la considero como el único medio ambiente en que la inteligencia, la dignidad y la felicidad humanas puedan crecer y

desarrollarse. Y claro que no hablo de esa 'libertad', puramente formal, dosificada, regulada y 'concedida' por el Estado, esa eterna mentira que en realidad no

8. Martin Buber : *Paths in Utopia*, p. 127.

9. « Ningún Estado, por democrático que sea —escribía Bakunin—, ni siquiera la república más roja posible, puede dar al pueblo lo que éste quiere realmente, es decir, la libre autoorganización y administración de sus propios asuntos de abajo arriba, sin ninguna clase de interferencia o violencia desde arriba; porque todo Estado, incluso el pseudoEstado popular urdido por Marx, es en esencia solamente una máquina que gobierna a las masas desde arriba, a través de una minoría privilegiada de intelectuales engraidos, que imaginan conocer y querer mejor que el pueblo mismo lo que el pueblo necesita [...] Pero el pueblo no se sentirá mejor por el hecho de que al bastón con que se le golpea se le llame 'bastón del pueblo'. » (*Statism and Anarchy*, 1873, en Dolgoff : *Bakunin on Anarchy*, p. 228), entendiendo por tal « bastón del pueblo » la República democrática.

Por supuesto, Marx vio la cuestión de diferente manera.

Para una ampliación informativa sobre el impacto de la Comuna de París sobre esta disputa, véase los comentarios de Daniel Guérin en *Ni Dieu, ni maître*; también se reproducen, ligeramente ampliados, en su obra *Pour un marxisme libertaire*. Véase también la nota 24.

10. Sobre la « desviación intelectual » de Lenin hacia la izquierda durante 1917, véase Robert Vincent Daniels : « The State and Revolution : a Case Study in the Genesis and Transformation of Communist Ideology », *American Slavic and East European Review*, v. 12, n.º 1, 1953.

11. Paul Mattick : *Marx and Keynes*, p. 295.

implica más que privilegio de unos pocos cimentado sobre la esclavitud del resto, esa ficción de libertad, individualista, mezquina y egoísta, preconizada por la escuela de J.-J. Rousseau y las demás escuelas del liberalismo burgués y cuya noción implica necesariamente el supuesto de que es el Estado —el Estado que limita los derechos de cada uno— quien representa esa cosa que toda esa gente concibe como los derechos de todos los hombres, idea que inevitablemente acaba por reducir a cero los derechos de cada uno. No, la clase de libertad a que yo me refiero es la única clase de libertad que merece tal nombre: la libertad que consiste en el pleno desa-

rrollo de todas las potencias materiales, intelectuales y morales latentes en cada individuo; la libertad que no reconoce más restricciones que las determinadas por las leyes de nuestra propia naturaleza individual, —restricciones a las que, hablando con propiedad, no se puede llamar tales, puesto que tales leyes no se nos imponen por ningún legislador de fuera o de encima de nosotros mismos, sino que nos son inmanentes e inherentes, sustancia integrante de nuestro mismísimo ser material, intelectual y moral, 'restricciones' que no nos restringen para nada, sino que constituyen, precisamente, las 'condiciones' reales e inmediatas de nuestra libertad.»¹²

Estas ideas nacen de la Ilustración; sus raíces están en el *Discurso sobre la desigualdad* de Rousseau, en los *Límites de la acción estatal* de Humboldt, en la insistencia de Kant —en su defensa de la Revolución francesa— en que la libertad es un requisito previo para llegar a la madurez que la libertad « requiere » y no una gracia a conceder cuando semejante madurez se haya logrado ya. A partir del desarrollo del capitalismo industrial, nuevo e imprevista sistema de injusticia, el socialismo libertario es quien ha preservado y ampliado el mensaje de humanismo radical de la Ilustración y los ideales liberales clásicos, pervertidos luego en ideología soporte del orden social naciente. De hecho, basadas exactamente en los mismos supuestos que al liberalismo clásico le hicieron oponerse a la intervención del Estado en la vida social, las relaciones sociales capitalistas son igual de intolerables. Esto quedó claro a partir, por ejemplo, del trabajo clásico de Humboldt *Límites de la acción estatal*, que se adelantó y quizá inspiró a Mill. Esta obra clásica del pensamiento liberal, acabada en 1792, es en su esencia profundamente —aunque también prematuramente— anticapitalista: se hubo, en efecto, de dulcificar sus ideas hasta hacerlas irrecognocibles, para transmutar su conjunto en una ideología del capitalismo industrial.

La visión que tuvo Humboldt de una sociedad en que cadenas sociales quedan sustituidas por vínculos sociales y en que el trabajo es algo que se asume libremente recuerda aquella disertación de Marx, en sus escritos primerizos, sobre la « alienación del trabajo cuando su materialidad le es ajena al obrero [...] y no una dimensión de su naturaleza [...] [de manera que] su ejercicio por dicho obrero no le significa a éste realización personal ninguna, sino negación de su personalidad [...] [que le deja] físicamente exhausto y mentalmente envilecido »; trabajo alienado que « para algunos obreros significa recaída violenta en una especie de mero esfuerzo bárbaro y, para otros, la conversión de sus personas en meros autómatas mecánicos » y que, en consecuencia, despoja al hombre de su participación en la « característica de la especie » que implica « actividad consciente y libre » y « vida productiva ». De semejante

12. Bakunin: « La Commune de Paris et la notion de l'Etat », reproducido por Daniel Guérin en *Ni Dieu, ni maître*. La observación final de Bakunin, sobre las leyes de la naturaleza individual como condición de la libertad, puede compararse con el estudio del pensamiento creador desarrollado en las tradiciones racionalistas y románticas. Véanse mis *Cartesian Linguistics* y *Language and Mind*.

manera concibe Marx « un nuevo tipo de ser humano que 'necesita' del prójimo [...] [de tal manera que la asociación de trabajadores llega a ser] el esfuerzo constructivo real para crear la trama social de las relaciones humanas futuras »¹³. Es cierto que el pensamiento libertario clásico se opone a la intervención estatal en la vida social, en consecuencia con una serie de presupuestos más profundos sobre la necesidad humana de libertad, diversidad y libre asociación. Estos mismos presupuestos obligan a considerar como fundamentalmente antihumanos el trabajo asalariado, las relaciones capitalistas de producción, la competencia, la ideología del « individualismo posesivo »... En propiedad, el socialismo libertario se debe identificar como el heredero de los ideales liberales de la Ilustración.

Rudolf Rocker describe el anarquismo moderno como « la confluencia de las dos grandes corrientes que durante y desde la Revolución francesa fueron y vienen encontrando tal expresión característica en la vida intelectual de Europa : socialismo y liberalismo ». Los ideales liberales clásicos, razona, naufragaron en las realidades de las formas económicas capitalistas. El anarquismo es necesariamente anticapitalista en cuanto que « se opone a la explotación del hombre por el hombre ». Pero también se opone el anarquismo al « dominio del hombre por el hombre » y nunca deja de insistir en que « el socialismo será libre o no será en absoluto ; y en el reconocimiento de que aquí es donde radica la justificación genuina y profunda de la existencia del anarquismo »¹⁴. Desde este punto de vista, el anarquismo se puede definir como el ala libertaria del socialismo. Este es el criterio con que Daniel Guérin estudia el anarquismo en su libro *L'Anarchisme* y en otros trabajos suyos.

Guérin¹⁵ cita este pasaje de Adolph Fischer : « Todo anarquista es socialista, pero no todo socialista es necesariamente anarquista. » Lo mismo venía a insinuar Bakunin cuando, en aquel programa de su proyecto de fraternidad revolucionaria internacional que era su « manifiesto anarquista », establecía el principio de que cada miembro tenía que ser, de entrada, socialista.

Un anarquista auténtico debe ser tan enemigo de la propiedad privada de los medios de producción como de la esclavitud salarial que forma parte integrante de tal sistema, dada la incompatibilidad de todo ello con el principio de que el trabajo se debe asumir libremente y bajo el control del productor mismo. Como señala Marx, los socialistas preconizan una sociedad en que « el trabajo vendrá a ser, además de medio de vida, el más alto anhelo en ella »¹⁶, cosa imposible cuando lo que mueve al trabajador es más una autoridad exterior, o la necesidad, que su propio impulso interior : « Ninguna forma de trabajo asalariado, por más que unos puedan ser menos detestables que otros incluso, podrá eliminar la miseria del trabajo asalariado en sí mismo. »¹⁷ Un auténtico anarquista debe

13. Shlomo Avineri : *The Social and Political Thought of Karl Marx*, p. 142, aludiendo a los comentarios contenidos en *La Sagrada Familia*. Avineri afirma que dentro del movimiento socialista, sólo los kibbutzim « se han dado cuenta de que los modos y formas de la actual organización social determinarán la estructura de la sociedad futura ». Sin embargo, según señalamos anteriormente, ésta fue una posición característica del anarquismo.

14. Rocker : *Anarchoindustrialism*, p. 28.

15. Véanse las obras de Guérin ya citadas.

16. Karl Marx : *Crítica al Programa de Gotha*.

17. Karl Marx : *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie*, citado por Mattick : *Marx and Keynes*, p. 306. En relación con esta cuestión, véase también el ensayo de Mattick : « Workers' Control » en Priscilla Long *The New Left* ; y Avineri : *Social and Political Thought of Marx*.

oponerse no sólo al trabajo alienado sino también a la especialización laboral estupefaciente que tiene lugar cuando los procedimientos para desarrollar la producción

« mutilan al obrero hasta hacerlo un pedazo de ser humano, lo degradan hasta convertirlo en mero apéndice de la máquina y le destruyen todo significado esencial en su trabajo hasta volvérselo en

tortura constante; le enajenan las posibilidades de actividad intelectual del proceso laboral en la medida en que la ciencia se incorpora a él como poder independiente [...] »¹⁸

Esto lo vio Marx no como una concomitancia inevitable de la industrialización sino más bien como una característica de las relaciones capitalistas de producción. A la sociedad del futuro deberá incumbirle « reemplazar al obrero 'especializado' de hoy día [...], reducido a un mero trozo de hombre, por el individuo plenamente desarrollado, capacitado para toda una variedad de tareas laborales [...] y para el cual las distintas funciones sociales [...] no sean sino otros tantos numerosos modos de dar rienda suelta a sus propios talentos y poderes naturales »¹⁹. El requisito previo es la abolición del « capital » y del trabajo asalariado en tanto en cuanto categorías sociales (por no hablar de los ejércitos industriales del « Estado laboral », ni de las diversas formas del totalitarismo o del capitalismo de Estado). La reducción del hombre a simple excrecencia de la máquina o herramienta « especializada » de la producción es cosa que el desarrollo y uso adecuados de la tecnología podrían en principio superar en vez de intensificar, al emanciparse de las condiciones del control autocrático de la producción por quienes, prescindiendo de los fines e intereses individuales del hombre, como dice Humboldt, lo convierten en mero instrumento al servicio de los suyos propios.

Los anarcosindicalistas siempre han buscado, incluso en el seno del capitalismo, crear « asociaciones libres de trabajadores libres » que se dedicasen a la lucha militante y preparasen la toma de la organización de la producción sobre una base democrática. Tales asociaciones constituirían « una escuela práctica de anarquismo »²⁰. Si la propiedad privada de los medios de producción es sencillamente, según la frase de Proudhon que se suele citar tan a menudo, una forma de « robo » —« la explotación del débil por el fuerte »²¹—, tampoco el control de la producción por una burocracia estatal podrá nunca crear, por benévolas que fuesen sus intenciones, las condiciones que permitiesen que el trabajo, manual o intelectual, llegase un día a ser « el más alto anhelo » en la vida del hombre. Ambas cosas, por lo tanto, deben ser superadas.

El ataque del anarquista al derecho de control privado o burocrático de los medios de producción le sitúa entre las filas de quienes luchan por precipitar el advenimiento de « la tercera y última fase emancipadora de la historia; después de haber hecho siervos a los esclavos la primera y trabajadores asalariados a los siervos la segunda, la tercera abolirá el proletariado en un acto final de

18. Karl Marx: *El Capital*, citado por Robert Tucker, que correctamente pone de relieve que Marx ve al revolucionario más como un « productor frustrado » que como un « consumidor insatisfecho » (*The Marxism Revolutionary Idea*). Esta crítica más radical de las relaciones capitalistas de producción constituye un resultado del pensamiento libertario de la Ilustración.

19. Marx: *El Capital*, citado por Avineri: *Social and Political Thought of Marx*, p. 83.

20. Pelloutier: « L'anarchisme ».

21. « ¿Qué es la propiedad? » La frase « la propiedad es el robo » disgustaba a Marx, que veía en su uso un problema de lógica, al presuponer el robo la existencia legítima de la propiedad. Véase Avineri: *Social and Political Thought of Marx*.

liberación que pondrá el control de la economía en las manos de las asociaciones libres y voluntarias de trabajadores » (Fourier, 1848)²². Tocqueville (también en 1848) señaló este peligro inminente para la « civilización » :

« Mientras el derecho de propiedad fue el origen y el fundamento de muchos otros derechos, fácil fue defenderlo —en realidad, no se le atacó— ; entonces era la cudadela de la sociedad, de la que todos los demás derechos eran otras tantas posiciones avanzadas : nunca hubiera tenido que soportar ella, pues, lo más recio de ningún ataque, ni hubo nunca, incluso, intento serio alguno de asaltarla. Pero hoy día, cuando se mira el derecho de propiedad como un último vestigio aún no destruido del mundo de la aristocracia, cuando sólo él queda aún en pie como único privilegio en medio de una sociedad ya igualizada, la cosa es muy distinta. Observad lo que está sucediendo

en los corazones de las clases trabajadoras, aunque admito que, hasta ahora, aún se mantienen tranquilas. Cierto es que ahora están menos inflamadas que en el pasado por las pasiones políticas, propiamente hablando ; pero, ¿ acaso no veis que tales pasiones tuyas, lejos ya de ser políticas, se han hecho sociales ? ¿ No veis que poco a poco se van propagando entre ellas ideas y opiniones que ya no pretenden simplemente la supresión de tales o cuales leyes o la dimisión de tal o cual ministro o de tal o cual gobierno, sino la destrucción de los mismísimos cimientos de la sociedad misma ? »²³

Los obreros de París rompieron el silencio en 1871 y procedieron

« a abolir la propiedad, la base de toda civilización ! Si, caballeros, la Comuna intentó abolir la propiedad de clase que hace del trabajo de las mayorías la riqueza de unos pocos. Quiso convertir en realidad la riedad individual mediante la transformación de

medios de producción, tierra y capital —principales instrumentos hoy día de esclavitud y explotación laborales— en meros instrumentos del trabajo asociado y libre »²⁴.

La Comuna, naturalmente, pereció ahogada en sangre. Qué clase de « civilización » era aquella que los trabajadores habían tratado de superar, atacando « los mismísimos cimientos de la sociedad misma », fue algo que quedó bien claro una vez más cuando las tropas del gobierno de Versalles reconquistaron París de manos de su población, como amarga pero certeramente escribió Marx :

« La civilización y la justicia del orden burgués salen a la luz bien crudamente cada vez que los esclavos y los desheredados de semejante orden se levantan contra sus amos. Entonces es cuando tal civilización y tal justicia se muestran y actúan en forma de salvajismo sin disfraz y de venganza sin ley [...] ; las hazañas diabólicas de la soldadesca no son más

que el reflejo del espíritu innato de esa civilización, de que los soldados son los vengadores mercenarios [...]. La burguesía del mundo entero, que contempla con complacencia la matanza en masa que sigue a la batalla, se estremece de horror ante el atentado contra cualquier simple mole de ladrillos y argamasa. » (Ibid., p. 74-77.)

A pesar de la violenta destrucción de la Comuna, Bakunin escribió a su propósito que París inauguraba una nueva era,

« la [era] de la emancipación completa y definitiva de las masas populares y de su verdadera solidaridad futura por encima y a pesar de toda frontera estatal

[...] : la próxima revolución del hombre, internacional y solidaria, será la resurrección de París » ;

... revolución ésta, por cierto, que el mundo todavía está esperando. El anarquista auténtico, pues, debe ser un socialista, pero de un socialismo especial. No sólo se opondrá al trabajo alienado y especializado y se propondrá

22. Citado en Buber : *Paths of Utopia*, p. 19.

23. Citado por J. Hampden Jackson, en *Marx, Proudhon and European Socialism*, p. 60.

24. Karl Marx : *La guerra civil en Francia*. Avineri señala que en estos y otros comentarios de Marx sobre la Comuna se refiere directamente a planes e intenciones. Como Marx ha dejado claro en otra parte, cuando su opinión quedó elaborada del todo, resultó más crítica que en este discurso.

la apropiación del capital por el conjunto de los trabajadores en su totalidad, sino que, también, insistirá en que esta apropiación sea directa, de ninguna manera realizada por ninguna clase de fuerza elitista que actúe en nombre del proletariado. Se opondrá, en resumen,

« a la organización de la producción por el gobierno. Que eso es lo que significa socialismo de Estado, mando de los funcionarios del Estado sobre la producción, mando de directores-gerentes, científicos, jefes de taller [...]. La meta de la clase obrera es la liberación respecto de la explotación. Esta meta no se

alcanza ni se puede alcanzar por mediación de ninguna nueva clase dirigente y gobernante que se erija por sí misma en sustituta de la burguesía. Esa meta no se alcanza más que por los trabajadores mismos, exclusivamente, y sólo cuando se hagan ellos los únicos dueños de la producción. »

Estas observaciones están sacadas de la obra *Cinco tesis sobre la lucha de clases*, del marxista de izquierdas Antón Pannekoek, uno de los teóricos más sobresalientes del movimiento de consejos comunistas. De hecho, el marxismo radical se confunde bastante con unas u otras corrientes anarquistas.

Ahí va, aún, una ilustración más de todo esto, la siguiente descripción de « socialismo revolucionario » :

« El socialista revolucionario niega que la adjudicación de la propiedad al Estado pueda terminar en nada que no sea despotismo burocrático. Ya se ha visto por qué el Estado no puede controlar democráticamente la industria. La industria sólo se puede poseer y controlar democráticamente por los trabajadores, sólo cuando ellos eligen directamente entre sus propias filas todos los comités administrativos industriales. El socialismo será, fundamentalmente, un sistema industrial ; de carácter industrial serán sus elementos constitutivos. De modo que quienes lleven adelante las actividades sociales y las industrias de la sociedad estarán directamente representados en los consejos locales y centrales de administración social. De esta manera, los poderes de tales delegados dimanarán, de abajo arriba, de quienes llevan a cabo el trabajo y están al corriente de las

necesidades de la comunidad. El comité administrativo industrial central, en sus reuniones, comprenderá la representación de cada una de las fases de la actividad social. En una palabra, el Estado capitalista político o geográfico quedará sustituido por el sistema socialista de comités administrativos industriales. La transición de un sistema social al otro será la **revolución social**. A lo largo de toda la historia, Estado político no ha significado otra cosa que gobierno de **los hombres** por las clases dirigentes ; la República del Socialismo será gobierno de **la industria**, administrada en beneficio de la totalidad de la comunidad. Aquél significó la sujeción económica y política de las mayorías ; ésta significará la libertad económica de todos : será, por lo tanto, una verdadera democracia. »

Esta declaración programática aparece en *Los orígenes y la función del Estado*, de William Paul, escrito a comienzos de 1917, poco antes de *El Estado y la revolución* de Lenin (la más libertaria, quizá, de sus obras —cf nota 9—). Paul era entonces miembro del Partido Laborista Socialista Marxista/De-Leonista y más tarde fue uno de los fundadores del Partido Comunista británico²⁵. Su crítica del socialismo de Estado se parece a la doctrina libertaria de los anarquistas al proclamar el principio de que, puesto que la propiedad y la gestión estatales conducen al despotismo burocrático, la revolución social debe reemplazarlos por la organización industrial de la sociedad bajo el control directo de los obreros. Muchas otras declaraciones semejantes se podrían citar.

Lo que es mucho más importante aún es que estas ideas ya se han venido realizando en la práctica de la acción revolucionaria espontánea : por ejemplo, en Alemania y en Italia, después de la primera guerra mundial, y en España, en 1936 (y no sólo en el campo, en este último ejemplo, sino también en la industria barcelonesa). Se podría defender que alguna determinada forma de comunismo

25. Para tener una visión general, véase Walter Kendall : *The Revolutionary Movement in Britain*.

de consejos es la forma natural del socialismo revolucionario en una sociedad industrial. Aquí se refleja cierta comprensión intuitiva de que la democracia sufre limitaciones muy severas cuando cualquier forma de élite autocrática controla el sistema industrial, cualquiera que sea la composición de dicha élite: propietarios, directores gerentes, tecnócratas, miembros de un partido « de vanguardia » o de una burocracia estatal, etc. Bajo semejantes condiciones de dominación autoritaria no es posible realizar los ideales libertarios clásicos desarrollados sucesivamente por Marx y Bakunin y todos los demás revolucionarios verdaderos: el hombre no será libre para desarrollar sus propias potencialidades en toda su plenitud y el trabajador seguirá siendo « un pedazo de ser humano », un individuo degradado, una herramienta del proceso productivo dirigido desde arriba.

La frase « acción revolucionaria espontánea » puede prestarse a equívocos. Los anarcosindicalistas, al menos, tomaron siempre muy en serio la afirmación de Bakunin de que las organizaciones obreras deben crear « no sólo las ideas sino también los hechos del futuro mismo » a lo largo del periodo prerrevolucionario. Las realizaciones de la revolución popular en el caso concreto de España se basaban en un trabajo paciente de muchos años de organización y de educación, que fue uno de los ingredientes de toda una larga tradición de dedicación comprometida y de militancia, y habían quedado ya esbozadas de maneras diversas en las resoluciones del Congreso de Madrid de junio de 1931 y del de Zaragoza de mayo de 1936, como también en las ideas, sólo ligeramente diferentes, que Abad de Santillán apuntó de manera bastante concreta en su trabajo (véase nota 4) sobre la organización social y económica a establecer por la revolución. Guérin escribe:

« La revolución española estaba relativamente madura en las mentes de los pensadores libertarios como en la conciencia popular. »

Y las organizaciones obreras contaban ya con la estructura, la experiencia y la comprensión necesarias para hacerlas capaces de emprender la tarea de la reconstrucción social cuando el golpe de Estado de Franco hizo que el torbellino de los primeros meses de 1936 estallase en revolución social. El anarquista Augustin Souchy escribe en su introducción a una colección de documentos sobre la colectivización en España:

« Durante muchos años los anarquistas y sindicalistas de España consideraron que su tarea suprema era la transformación social de la sociedad. El problema de

la revolución social se discutía incesantemente y de modo sistemático en sus asambleas sindicales y de grupos y en sus periódicos, panfletos y libros. »²⁶

Todo lo cual constituyó y preparó el terreno de donde surgieron las realizaciones espontáneas y toda la obra constructiva de la revolución española.

En el sentido en que quedan descritas, las ideas del socialismo libertario han quedado sumergidas en las sociedades industriales de la primera mitad de este siglo. Las ideologías dominantes han sido las del socialismo de Estado o del capitalismo de Estado (de carácter progresivamente militarizado en los Estados Unidos, por razones que no resultan oscuras)²⁷. Pero en los más recientes de los últimos años se ha reavivado el interés general al respecto. Las tesis de

26. *Collectivisations: L'Œuvre constructive de la Révolution espagnole*, p. 8.

27. Como obras de consulta, véase Mattick: *Marx and Keynes*, y Michael Kidron: *Western Capitalism Since the War*. Véase también exposición y referencias en mi obra *At War with Asia*, capítulo 1, p. 23-26.

Antón Pannekoek que he citado más arriba las he sacado de cierto panfleto reciente de un grupo radical de trabajadores franceses (*Informations Correspondance Ouvrière*). Las observaciones de William Paul sobre socialismo revolucionario se citan en un informe presentado por Walter Kendall en la Conferencia nacional sobre Control obrero de Sheffield, Inglaterra, en marzo de 1969. El movimiento de control obrero ha llegado a ser una fuerza importante en Inglaterra en los últimos años. Ha organizado ya varias conferencias y producido una cantidad importante de literatura de folletos; cuenta entre sus militantes, además, con representantes de algunos de los sindicatos más importantes. Así, el sindicato unido de la fundición y la maquinaria, por ejemplo, ha adoptado como política oficial propia el programa de nacionalización de las industrias básicas bajo « el control obrero a todo nivel »²⁸. En el Continente las cosas se desarrollan de manera semejante. Mayo de 1968, naturalmente, aceleró el creciente interés general en el comunismo de consejos y en las iniciativas con él relacionadas, tanto en Francia y en Alemania como en Inglaterra.

Dado el conservadurismo del cariz general de su extremadamente ideológica sociedad, no puede sorprender demasiado que los Estados Unidos hayan permanecido relativamente intocados por estos acontecimientos ideológicos. Pero también esto puede cambiar. La erosión de la mitología de la guerra fría, por lo menos, hace posible que estas cuestiones puedan llegar a plantearse en círculos considerablemente amplios. Si la actual ola de represión se le puede hacer retroceder, si la izquierda es capaz de sobreponerse a las más suicidas de sus tendencias y ponerse a construir sobre cuanto se ha realizado en la última década, el problema de cómo organizar la sociedad industrial siguiendo una línea verdaderamente democrática a base de un control democrático del ámbito del trabajo y de la comunidad tendrá, entonces, que constituirse en preocupación intelectual dominante para quienes viven los problemas de la sociedad contemporánea y, mientras vaya cuajando un movimiento de masas hacia el socialismo libertario, la especulación tendrá que ir dando paso a la acción.

Bakunin, en su manifiesto de 1865, predijo que uno de los factores de la revolución social sería

« la adopción de la causa del pueblo por los sectores inteligentes y verdaderamente nobles de la juventud, impulsados por sus generosas convicciones y ardien-

tes aspiraciones y a pesar de que por nacimiento pertenezcan incluso a las clases privilegiadas ».

Tal vez el movimiento estudiantil que ha venido poniéndose en marcha a lo largo de los años 60 significa un considerable paso adelante hacia el cumplimiento de aquella profecía.

Daniel Guérin se ha encargado de llevar a cabo lo que él ha llamado un « proceso de rehabilitación » del anarquismo. Explica, de manera que a mí me parece convincente, que

« las ideas constructivas del anarquismo conservan aún su vitalidad y, convenientemente reexaminadas y cribadas, pueden ayudar al pensamiento socialista

contemporáneo a adoptar un nuevo punto de partida [...] [y] contribuir en enriquecer el marxismo »²⁹.

28. Véase Hugh Scanlon : *The Way Forward for Worker's Control*. Scanlon es presidente de la AEF, uno de los mayores sindicatos británicos. La institución se estableció como resultado de la VI Conferencia sobre Control obrero, en marzo de 1968, sirviendo como centro de difusión, de información y de estímulo de la investigación.

29. Guérin : *NI Dieu, ni maître*.

A efectos de escrutinio más intenso, este autor ha venido espigando por las « anchas espaldas » del anarquismo las ideas y hazañas que pueden calificarse de socialistas libertarias. Esto es natural y correcto. En semejante marco encajan tanto los portavoces más importantes del anarquismo como las acciones de masas animadas por ideales y sentimientos anarquistas. A Guérin le interesa no sólo el pensamiento anarquista sino también todo tipo de acciones espontáneas de unas y otras fuerzas populares que, de hecho, van creando nuevas formas sociales. La creatividad social le interesa tanto como la intelectual. Y, además, trata de extraer, de los logros constructivos del pasado, lecciones con que enriquecer la teoría de la liberación social. Para quienes deseen no sólo entender el mundo sino también cambiarlo, tal es el modo adecuado de estudiar la historia del anarquismo.

Guérin califica el anarquismo del siglo XIX de esencialmente doctrinal, mientras que el siglo XX ha sido, para los anarquistas, el tiempo de la « práctica revolucionaria »³⁰. *L'Anarchisme* refleja esta opinión. Su interpretación del anarquismo apunta conscientemente hacia el futuro. Arthur Rosenberg señaló una vez que una característica de las revoluciones populares es el intento de sustituir « una autoridad feudal o centralizada que gobierna por la fuerza » por algún tipo de sistema comunitario que siempre « implica la destrucción y la desaparición de la antigua forma de Estado ». Este sistema será o socialismo sin más o una « forma extrema de democracia [...] [que constituye] condición previa del socialismo, en tanto en cuanto el socialismo sólo puede realizarse en un mundo que goce del más alto grado posible de libertad individual ». Y este ideal, sigue diciendo, les era común a Marx y a los anarquistas³¹. Esta lucha natural por la liberación se desarrolla en contraposición a la tendencia predominante hacia la centralización de la vida económica y política.

Hace un siglo, Marx escribió que los obreros de París « se dieron cuenta de que, cualquiera que fuese el nombre con que pudiera reaparecer, no había más que una alternativa : o la Comuna o el Imperio ».

« El Imperio les había arruinado económicamente gracias al despilfarro que hizo de la riqueza pública, a la estafa financiera a gran escala que patrocinó y al impulso que dio simultáneamente a la centralización artificialmente acelerada de capital y a la expropiación entre sus [de los trabajadores] propias filas. Los había eliminado políticamente, había escandalizado sus sentimientos de moralidad con sus [del

Imperio] orgías, había insultado su volterianismo poniendo la educación de sus hijos en manos de los frères ignorantins, había sublevado sus sentimientos nacionales de franceses precipitándolos de cabeza en una guerra que no dejó tras sí más que una sola compensación por las ruinas que causó : la desaparición del Imperio mismo. »³²

Aquel miserable segundo Imperio

« fue la única forma posible de gobierno de aquel momento preciso en que la burguesía había perdido

ya la capacidad de dirigir la nación y la clase obrera aún no la había adquirido ».

No es difícil parafrasear estas observaciones de manera que resulten adecuadas respecto de los sistemas imperiales de 1970. « El problema [...] de liberar al hombre de la maldición de la explotación económica y de la esclavitud social y política » sigue siendo, en efecto, el problema de nuestro tiempo. Y, mientras sea así, las doctrinas y las prácticas revolucionarias del socialismo libertario seguirán sirviendo de fuente de inspiración y de guía.

30. *Ibid.*

31. Arthur Rosenberg : *A History of Bolchevism*, p. 88.

32. Marx : *La guerra civil en Francia*.